

Cara o sello

Daniel Alejandro Castaño Zapata

27/11/2022

Era una noche particularmente fría de primavera. El viento azotaba con fuerza aquel puerto bellamente iluminado por las luces de la ciudad reflejadas vivazmente en el océano. A esa hora de la noche ya no se escuchaba el graznar de las gaviotas. Tan solo podía escucharse el débil oleaje romper contra las paredes del puerto y los pasos de un hombre solitario deambulando meditabundo.

Él caminaba a paso lento y cansado, como si cada paso significara atravesar una profunda capa de nieve o de lodo. Cruzaba un imponente puente que se extendía a lo largo de la bahía, tratando de soportar el peso de sus párpados que se tornaban paulatinamente insostenibles. Con frecuencia, caía presa de súbitos destellos oníricos que lo sumergían en sus más profundos anhelos. El recuerdo de la calle donde creció, donde jugaba hasta agotar las horas, era el foco principal de sus pensamientos.

Dominado por el cansancio, ni siquiera el caminar bastaba para mantenerse despierto. Caminaba en línea recta hasta que la inscripción de dos enamorados, en el poste de una farola, acaparó su atención. Contempló atentamente la inscripción y sin apenas percatarse, los trazos de las palabras de amor se confundieron en su mente con la textura de la corteza de un árbol. A pesar de su obstinado esfuerzo por mantenerse despierto, sus ojos ya se habían cerrado, cayendo así, en un efímero sueño; similar a lo que experimenta un chofer somnoliento conduciendo a mitad de la noche en una carretera monótona y recta.

Escondido tras el tronco de un árbol estaba a punto de ser descubierto. Su amigo estaba justo tras aquel árbol decidido a encontrar a los demás niños que jugaban a las escondidas. Él esperó hasta el último segundo antes de salir de su escondite. Al verse frente a su amigo, corrió tan rápido como pudo hacia la pared donde los niños contaban hasta 100 antes de salir a buscar. Seguido de cerca por su amigo, estaba a punto de tocar la pared cuando sintió una mano detrás de su hombro, muy a su pesar, puesto que aquella desafortunada mano, implicaba que había perdido el juego. Se giró bruscamente hacia su amigo, esperando que por azares del destino no fuera él, sino otro, el dueño de aquella mano. Sin embargo, al girarse sobre sí tan solo vio el reflejo de los edificios de la ciudad en las prístinas aguas del puerto. A su lado, se encontraba la farola que sin percatarse había pasado de largo. La corteza del árbol había vuelto así, a ser la inscripción que immortalizaba el amor de aquellos dos enamorados.

Estaba helando. Metió las manos en los bolsillos de su abrigo y comenzó a jugar con una solitaria moneda guardada en uno de ellos. Aún faltaban 2 horas para que empezara a funcionar el transporte público y hasta ese momento no había parado de caminar. Una pequeña banca situada de cara al océano, iluminada por la luz de la farola, bastaría para dar fin a su deambular. Se sentó tras un hondo suspiro, sacó la moneda de su bolsillo y la examinó desinteresadamente. Volvió su mirada hacia la luna y contempló su reflejo sobre el agua por unos instantes. Acto seguido, sostuvo la moneda entre su dedo índice y pulgar eclipsando la luz de la luna, dejando un halo de resplandor alrededor de la moneda. Aquel halo de luz en el cielo se hizo ligeramente más tenue, mientras, el paso de una nube ocultaba la luna tras de sí. Conforme se atenuaba la luz, la imagen del rostro de su abuela empezaba a ocupar el lugar de la moneda. Absorto por el espectáculo de la luz y sus recuerdos, nuevamente se empezaron a cerrar sus párpados. Esta vez, no tuvo ocasión de luchar en contra de aquella voluntad.

—Estas son de las dulces —dijo su abuela mientras sacaba una naranja de una bolsa repleta de ellas. Cortó la naranja en 4 partes de un tamaño semejante con un viejo cuchillo con mango de madera lacerado por innumerables años de ser afilado. Puso los gajos en un plato situado en la escalera en la que se sentaban. La escalera estaba ubicada frente a la calle donde él había pasado los años de su infancia. Ambos se dispusieron a saborear las naranjas en silencio mientras el sol caía sobre el horizonte coloreando el cielo de un tenue color anaranjado a esas apacibles horas de la tarde. Su abuela saludaba a todos los transeúntes que pasaban frente a ellos, con algunos cruzaba unas cuantas palabras, mientras otros lo felicitaban sorprendidos de cuanto había crecido.

Él se limitaba a comer naranjas, a disfrutar de la tarde y la compañía de su abuela. Buscó otro trozo de naranja en el plato pero éste ya solo contenía cáscaras sin pulpa, así que tomó el cuchillo para trocear otra. En ese momento, la chica más bella que sus ojos habían visto caminaba por la calle en compañía de su madre. Su abuela saludó a la madre de la chica invitándola a una breve charla sobre las nimiedades de la vida. Él se perdió sonrojado en los grandes ojos cafés de la chica, adornados por una fina línea de delineador negro hacia los extremos de cada ojo. Su cabello era corto y estaba cubierto por una pañoleta cuyo estampado de girasoles, la hacían verse amarilla desde lo lejos. Tanto ella como la madre, se acercaban lentamente para conversar más cómodamente con su abuela. Él sentía su corazón acelerarse tras cada paso. Quedó totalmente hipnotizado, olvidando que en ese momento troceaba la naranja. Terminó cortándose irremediabilmente un dedo dejando una profunda herida que rápidamente se colmó de sangre. Sobresaltado, quiso examinar su mano que, para su sorpresa, en el lugar de la herida tan solo yacía una pequeña cicatriz. En su otra mano, aún sostenía la moneda con la que hacía tan solo un instante eclipsaba la luna.

Encorvado sobre su asiento, examinó con más detenimiento la moneda. La pasó entre sus dedos, le dio vuelta repetidas veces, leyó las inscripciones del lado del sello y definió el dibujo del lado de la cara. Volvió su mirada hacia el horizonte, la luz de la ciudad y el resplandor de la luna impedían ver las estrellas. No obstante, era perfectamente discernible el contraste entre la oscuridad del agua del océano y la oscuridad del cielo de la noche. Su hogar se le hacía extrañamente cerca tras esa línea divisoria en la lejanía. La ilusión de la distancia le hacía pensar que quizás podría incluso nadar hacia ese horizonte, y con un mínimo esfuerzo, alcanzar el fin del mundo donde encontraría por fin el cobijo y la calidez de rostros familiares. Se imaginó nadando hasta alcanzar la costa, la sensación de la ardiente arena metiéndose entre los dedos de sus pies una vez alcanzara la playa. Imaginó a su abuela saludando desde lejos. Casi podía sentir el añorado abrazo de su madre y de su padre, el sonido de las botellas al brindar con viejos conocidos y los besos de la chica de la pañoleta amarilla. Una sonrisa se dibujó en sus labios, sin soltar esa sonrisa se sumió nuevamente en sus recuerdos, mientras la línea divisoria del horizonte se materializaba en los ojos de la chica de la pañoleta amarilla que se abrían conforme él cerraba los suyos.

—No me gusta que me vean llorar —dijo la chica de la pañoleta amarilla, esforzándose por contener las lágrimas, limitando sus palabras a las mínimas necesarias mientras trataba de controlar los movimientos espasmódicos de sus labios.

—No temas llorar —dijo él mientras apretaba gentilmente la cabeza de ella contra su pecho.

—¿Por qué tienes que irte? —preguntó con la esperanza de ver en el rostro de él algún vestigio de duda al cual aferrarse.

—Ya te lo he dicho —respondió mientras desviaba la mirada y sentía el peso de la soledad caer sobre su rostro. Deseaba no tener que cuestionarse una vez más el porqué de sus razones.

—Aún no lo entiendo —dijo ella a sabiendas de la respuesta que recibiría.

—Quiero crecer —respondió convencido, aunque sin entender muy bien el significado de sus palabras, tras una breve pausa añadió—. Aún no sé mucho de mí y eso me asusta.

—Puedes crecer a mi lado —exclamó ella tras una sonrisa trémula.

—Siempre estaré a tu lado —dijo él mientras una lágrima rodaba por su mejilla hasta caer sobre la pañoleta que cubría el cabello de ella.

—A mi lado, aquí, físicamente —suplicó ella mientras giraba su rostro hacia él y apretaba aún más el abrazo. Trató de mantener la mirada fija en los ojos de él, pero tuvo que desistir después de sentir cómo sus lágrimas escapaban de ese rincón del alma donde se gestaba una tempestad.

—Tan solo serán unos meses, lo prometo —dijo él sin saber si se lo decía a ella o se lo decía a sí mismo.

—No te vayas —dijo ella en un susurro silencioso y ahogado mientras liberaba sus manos del abrazo y sus hombros caían relajados, dejando ir, sin más remedio, aquello que más anhelaba. Finalmente emitió un hondo suspiro cargado con todo el dolor y el desasosiego de la resignación.

—Tengo que, no hay vuelta atrás —dijo él mientras recuperaba el abrazo y cariñosamente besaba su frente, como diciendo adiós sin modular palabra alguna.

—Aún estás a tiempo de arrepentirte —Exclamó ella mientras rompía en llanto.

—Lo hecho, hecho está —sentenció él.

—Lo hecho, hecho está —repitió ella desolada.

Custodiado por la luz de la farola, sentado sobre aquella banca solitaria a medio mundo de ella, él se vio llorando desconsoladamente. Doblado sobre su espalda, con los codos apoyados sobre sus muslos y sus dedos enredados fuertemente en su cabello, condenó el día que abordó ese barco rumbo a lo desconocido. A pesar de que el tiempo se había encargado de difuminar el contenido de sus recuerdos, como es usual, también se había empeñado en agravar los detalles más amargos de aquella despedida tan atrás en su memoria. Con la yema de su pulgar acariciaba sus dedos, tratando de recuperar un poco de lo que quedara de la esencia de ella, en ese último lugar en el que su tacto la había encontrado, sabiendo que, aunque volviera, nunca más hallaría refugio entre sus brazos.

Se levantó de la banca, caminó hacia el barandal frente a él, posó sus brazos sobre éste y emitió un hondo suspiro. Sentía una inusitada calma y un ligero hormigueo en las palmas de sus manos después de haber llorado. Le aterraba tener que enfrentarse a la dicotomía del deseo de volver a caminar por un camino transitado, contra la curiosidad de ver que había más allá de aquella bruma de incertidumbre que era la soledad de su vida lejos de todo cuanto conocía. Deseaba librarse de esa responsabilidad, relegar al burdo azar la decisión que deparase el rumbo de su vida.

Su pulgar había pasado a examinar el relieve del lado de la cara de la moneda. Temía haberse desprendido de sus raíces, regresar buscando aquello que antaño llamó hogar y sentirse como un extranjero en medio de viejos rostros conocidos marchitados por la ausencia;

confundidos tras haber relegado su memoria al olvido. Seguía sin comprender los misteriosos mecanismos de la vida que propiciaban ese concepto tan lejano y abstracto del crecer. Se preguntaba cuánto más debía arrastrar su soledad hacia esa fuente inagotable de plenitud que llaman sabiduría. Sin importar dónde se dirigiera estaría atrapado para siempre en un viaje que jamás terminaría. Le dió vuelta a la moneda, su pulgar ahora examinaba el relieve del lado del sello. Las palabras con las que alguna vez un viejo sabio había bautizado aquel sentimiento de desolación como una fuente inagotable de regocijo, enturbiaban paradójicamente sus pensamientos. No quería que llegara el día en el que pudiera decir convencido, “No soy de aquí, ni soy de allá”.

Decidido, empuñó con fuerza la moneda, su corazón se aceleró y la somnolencia había desaparecido. Con aires de alivio y determinación pasó nerviosamente la moneda entre sus manos mientras rememoraba la cadena de sucesos que lo habían llevado a ese lugar y momento de su vida. Finalmente se armó de valor y lanzó la moneda al aire haciéndola girar con un golpe de su pulgar. La moneda se elevó perdiéndose en la oscuridad más allá de la luz de la farola. Durante un instante quedó extrañado por haberla perdido de vista, hasta que repentinamente, se escuchó un golpe seco sobre el suelo. Guiado por el sonido, identificó enseguida la moneda que se alejaba esta vez girando de forma vertical y en línea recta. Él la siguió apresurado. La moneda se ladeó ligeramente hacia un costado desviada por el viento. Él corría tras ella intentando atraparla sin conseguirlo. Pensó haberla perdido para siempre cuando la moneda llegó al final del puente y cayó escaleras abajo. Para su sorpresa, seguía rodando ya sobre el asfalto de la acera que bordea el puerto. Bajó las escaleras a toda velocidad guiado sólo por el sonido que emitía ésta al rodar. Nuevamente sopló el viento desviando la moneda, haciéndola adentrarse esta vez hacia una ligera pendiente que llevaba a un muelle de madera que se encontraba más abajo. La

pendiente otorgó aún más impulso a la moneda, que al toparse con las tablas del muelle, logró sortear varias de éstas hasta que súbitamente, se encontró con los zapatos de una dama que contemplaba el océano recostada con sus brazos cruzados sobre el barandal. La moneda, finalmente detenida por el impacto, se coló por un ligero espacio entre las tablas, hundiéndose para siempre en la infinita profundidad del océano. Él no pudo más que bosquejar una sonrisa que maldecía la ironía de haber perdido la moneda.

—Disculpe, creo que se le ha caído algo —Dijo la dama tras sentir el ligero golpe de la moneda en sus pies y haber escuchado los pasos apresurados de alguien sobre el muelle.

—Descuide, tan solo era una moneda —Dijo él aún absorto en la imagen de la moneda perdiéndose en el océano.

—Creo que la pateé, debe estar por aquí cerca —Respondió ella preocupada tratando de encontrar la moneda, tanteando apresuradamente con sus pies el suelo a su alrededor.

—La vi caer entre las hendiduras de las tablas del muelle —Dijo él volviendo en sí tras liberarse del hechizo de su mente donde solo existían él y su moneda.

Inmediatamente después, tornó su atención a su interlocutora. Una dama de rasgos extranjeros que vestía un blazer negro ceñido y gafas oscuras. Le resultaba divertida la curiosa forma en la que ella buscaba la moneda: Sin dirigir su mirada hacia el suelo, tan solo explorando con su pie el espacio a su alrededor. Fue entonces cuando notó la delicada mascada que adornaba su cuello con motivo de caóticas ondulaciones azules y blancas sobre un fondo plano de un amarillo tenue, semejante a las estampas de las olas de Hokusai. La mascada caía elegantemente sobre su pecho en un moño cuyos extremos se extendían inmaculados sobre la solapa de su abrigo.

—No tiene caso buscarla, a menos que desee bucear —Añadió él en un tono ligeramente divertido, tratando de atenuar la culpa que pudiera llegar a sentir ella tras el desafortunado incidente.

—Espero que no haya sido una moneda de mucho valor, le aseguro que aunque pudiera bucear me sería imposible encontrarla —Respondió ella esbozando una sonrisa y dando por finalizada su búsqueda.

—No era muy valiosa, al menos su valor no tenía nada que ver con su denominación —Respondió él extrañado debido a que en ningún momento la dama había establecido ninguna clase de contacto visual. Tras un instante desvariando, trató de no parecer sorprendido al concluir que la dama estaba completamente ciega.

—En ese caso era valiosa para usted, lo lamento —Replicó ella.

—Insisto, no se agobie por ello, es lo que saco por rehuir de mis responsabilidades —Añadió él en tono conciliador aunque sintiéndose como un niño incapaz de sobrellevar las vicisitudes de la vida adulta.

—Se le nota algo cansado, perdone que le pregunte, ¿qué lo trae a estas horas de la noche a perseguir monedas en este puerto encantador? —Dijo ella sin abandonar su sonrisa mientras recuperaba su postura recostada sobre el barandal.

—Una decisión que no me deja conciliar el sueño, la moneda me ayudaba con ello —Dijo él sintiéndose en la libertad de permitirle a ella echar un vistazo a su alma.

—En ese caso estamos igual, usted no puede ver el resultado como yo no puedo ver la luna reflejada en el océano.

—¿Qué la trae a usted a estas horas de la noche a este puerto encantador? —Repitió la pregunta motivado por el interés despertado por aquella frase perspicaz.

—Una decisión, coincidimos en ese aspecto.

—¿También perdió su moneda?

—La lancé al océano esperando que el sonido de las olas me susurre el resultado.

—Oh, ¿ha tenido suerte? —Preguntó sorprendido pues no esperaba esa respuesta.

—No de momento, el océano siempre se toma su tiempo, eventualmente me dirá si fue cara o sello.

—Ojalá pudiera escuchar el océano de la misma manera, me ahorraría muchos sinsabores.

—Quizás en los lugares que frecuenta no se escuchen claramente las olas. Aquí el agua rompe justo bajo nosotros. El oleaje se escucha con un ligero eco que disfruto en particular, además, aquí puedo sentir el choque de las olas transmitir su vibración a través de la madera bajo mis pies —dijo ella mientras lo invitaba a tomar lugar a su lado señalando el barandal.

Él se acercó tímidamente al barandal, se sintió en ese momento libre de toda carga y atadura, su respiración se había suavizado, la tensión en sus hombros había desaparecido. La sensación de soledad que dominaba sus facciones, se había atenuado al punto de ser sustituida por una sensación indistinguible de flotar siendo mecido por los gestos y la voz de ella. Se recostó con los brazos sobre el barandal y sus dedos entrecruzados apuntando hacia el océano. Volteó a mirar nuevamente el reflejo de la luna sobre el agua que ahora parecía un espejo debido a su aparente paz. Pensó en el hecho de que ella no podía ver lo que él estaba presenciando, así

que cerró sus ojos para intentar siquiera llegar a sentir una parte de las sensaciones que ella experimentaba. Tras unos segundos pudo percibir el ritmo de su respiración que se ahondaba liberando todo rastro de ansiedad de su alma. Su oído se agudizó permitiéndole escuchar los ligeros matices en el sonido, ya no solo de las olas, sino de todo a su alrededor. Sintió el peso de su cuerpo sobre sus pies, el cansancio que cargaba en ellos y las vibraciones del suelo. Sintió el retumbar de su corazón que latía con más fuerza conforme se perdía en la eterna sinfonía del mundo que jamás se repite. Una lágrima se asomó entre sus párpados y comenzó a aglomerarse hacia el centro de sus ojos, por un instante todo fue claro, la respuesta empezaba a dilucidarse entre los destellos remanentes de las luces de la ciudad danzando en la oscuridad de sus ojos cerrados.

—¿Puede escucharlo ahora? —preguntó ella como si supiera lo que estaba aconteciendo a su lado.

—Sí, ahora lo escucho, como usted decía, el océano se toma su tiempo.

—¿Tiene usted prisa?

Él respondió tan solo con una sonrisa sabiendo que a pesar de la ceguera, ella sabía que sonreía.